



Coleccionista de "Rarezas" que Aumentan el Saber

Por Maite Armendáriz



En una avenida de un barrio residencial, donde hoy el movimiento irrumpe y una fila interminable de autos parece escapar de algo, vive un bibliófilo. La sola palabra choca con el ambiente, pues lleva a pensar en un emulato, embudo entre viejos libros. Pero no. Viene un traje impecable, sus modales son gentiles y, con una sonrisa, revela generosamente toda la riqueza que ha ido almacenando.

La casa de Alaimiro de Avila Martel es grande, y alberga cerca de 20 mil volúmenes, cada uno en su lugar, perfecto, con elegantes empaques; como los muebles, las cortinas... Todo conforma un ambiente de paz que invita a conversar cuando la tarde se despide.

Alaimiro de Avila Martel ha dedicado su vida a la investigación y la docencia. Licenciado en Derecho y abogado, es profesor jubilado de Derecho Romano y de Historia del Derecho en la Universidad de Chile.

Su bibliografía incluye más de 150 títulos sobre estos y otros ámbitos del conocimiento.

A lo largo de toda su vida el libro ha sido su gran compañero. Tal vez por esto vuelve a aceptar, después de jubilar, el cargo de director de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile. Además, es uno de los fundadores y el actual presidente de la Sociedad de Bibliófilos Chilenos.

—Mi padre—recuerda—fue un hombre muy aficionado a la lectura; por tanto, crecí en un hogar donde los libros eran abundantes, preciados y representaban una cosa totalmente obvia. Desde pequeño, me hacía acompañarlo por las librerías. Después, al entrar a la universidad, continuamente va surgiendo la bibliofilia, la búsqueda de los libros que uno quiere. De ahí se pasa al libro de gusto, a apreciarlo en sí mismo como objeto de arte o por su extrema escasez, que son las cosas que interesan a los bibliófilos. Son mis herramientas.

La mayoría de las paredes de la casa están empapeladas de libros. La actividad del bibliófilo transcurre en el tercer piso, donde el arquitecto Parnaud de la Cruz Rojas diseñó tres enormes salas, con magníficos estantes y mesas de trabajo. Al descender todo esto, la primera insignia que surge es cómo logra mantener tal orden y cómo se puede llegar a formar esa impresionante colección.

—No tengo a nadie que me ayude, porque es la única forma de conocer efectivamente los libros; todos están catalogados en ficheros. Ahora, obviamente, muchos son libros de trabajo. Hay que tomar en cuenta que yo soy un viejo profesor y un viejo investigador, especialista en Historia del Derecho y Derecho Romano, también aficionado a la historia naval, a la bibliofilia y a la numismática. En consecuencia, tengo libros de cada una de estas materias. Se trata de mis herramientas.

Fuera de ello están los libros de "gusto" o las series que se ha empapado en formar. Confiesa que una de las aficiones más típicas de los bibliófilos chilenos es juntar los impresos nacionales antiguos, de acuerdo a los distintos temas o, simplemente, por períodos.

—Nuestro ejemplo del más fino bibliófilo fue don Domingo Edwards Matte. Él se fijó una fecha antojadiza: recopiló impresos, libros y periódicos hasta 1849. Yo agregué un poco más de tiempo y colecciono hasta 1861.

Aunque reitera que se trata de fechas escogidas más o menos al azar, la suya marca el transcurso de medio siglo desde el nacimiento de "La Aurora". Todos los impresos anteriores a la fundación de este periódico reciben el nombre de incunables chilenos. Son de una rareza enorme y, a veces, por casualidad, se tiene la suerte de poseer alguno.

La única colección importante de incunables



chilenos está en el museo bibliográfico de la Biblioteca Nacional.

El investigador explica que, en general, el material nacional permanece en el país y se adquiere normalmente a través de los remates o en forma directa de un vendedor.

—Desgraciadamente casi todos los liberos de viejos han desaparecido. Quedan algunos ambulantes, medio misteriosos, que van a las casas de los coleccionistas. A mí también me visitan como director de la Biblioteca de la Universidad.

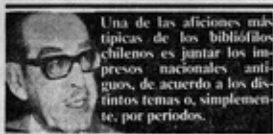
A su parecer, el problema radica en que hoy los libros viejos están gravados, igual que los nuevos, con el IVA. Esto ha complicado el intercambio.

Alaimiro de Avila no ha escatimado esfuerzos. Además de su colección de impresos chilenos anteriores a 1861, "en la que incorpore todo lo que me llega, sin selección", se aprecian otras series nacionales importantes: las obras de Medina, por ejemplo, las ediciones originales de los escritos de Francisco Bilbao, una notable colección de Vicuña Mackenna...

Curiosidades que Valen la Pena

Luego, respecto de los libros que se podrían llamar de valor universal, aclara:

—Uno en Chile no puede pretender hacer



grandes colecciones. Entonces, como me gusta mucho el arte del libro, fui buscando lo que yo llamaría una colección de muestras, a medida que se producían las oportunidades. Muestras del libro del siglo XV, que me digan algo, y muestras de los grandes impresores del siglo XVI, XVII y XVIII.

Entre las piezas del siglo XV, que son los insubstituíbles "de los que, por supuesto, tengo poquitos", cuenta con uno que no es de gran valor, pero es, sí, curioso. Tiene la peculiaridad de no estar recortado, de manera que permite apreciar la perfección con que trabajaban los tipógrafos de esa época. Se trata de un Liber Pontificiorum y es notable la combinación de blancos y negros en su interior.

—Después, en el XVI, que es un siglo de oro en este arte, surgen impresores magníficos en todas partes, particularmente en Italia y en los Países Bajos. Se producen confluencias curiosas de grandes artistas. Por ejemplo, Aldo Manuzio—o los Aldos—que son tres generaciones de una conocida familia de tipógrafos, en su taller de Venecia, se encargaban para las ediciones con gente como Erasmo de Rotterdam. Y Froben, en Basilea, tenía como encargados de dibujar y grabar las mayúsculas de sus libros a estupefactos artistas.

Y, efectivamente dentro de su colección, se encuentran ediciones de los evangelios de Erasmo, impresos por Froben, con bellas ilustraciones de Holbein.

Los Aldos, a su juicio, están "sin discusión" entre los más atractivos. Contar con ejemplares de ellos le ha permitido a este bibliófilo cultivar otra de sus grandes pasiones. Confiesa sentir una verdadera emoción en seguir y juntar las series de libros

cuyos sellos de imprenta cambian a través de los años.

La marca de los impresos de Aldo Manuzio es la conocida ancla con un delfín, dibujo que se va alterando o con variaciones en cada generación, citándose así a la moda del momento.

Al recorrer los estantes, de pronto se detiene frente a una vitrina. En su interior, una pequeña figura de la Virgen del Carmen ("la quiero mucho, porque además es un recuerdo de familia") parece custodiar lo más preciado de la colección. Comentando sobre lo que guarda allí la conversación sigue:

—Hay grandes ilustradores de libros. Por ejemplo, en Francia hubo uno llamado Jeffrey Tory, que ilustró series enteras de biblias sin folio y biblias pequeñas.

Cada dibujo es una xilografía en madera. Impresiones, como es previsible, los del Apocalipsis.

No Soy un Bibliómano

Es tal la delicadeza con que toma cada libro, la seguridad con que expresa sus conocimientos y el goce que le inspira referirse a todo ello, que es como oír a un orgulloso padre hablar de las "gracias" de sus hijos. Le cuesta nombrar entre todos sus libros el que más aprecia o el que objetivamente tiene más valor. Con una sonrisa se escuda y dice:

—No soy un Bibliómano ni un apasionado egotista; mi afán es apreciar el arte. Sin duda uno quiere esas cosas, pero no patológicamente sino que con reverencia y desapego al mismo tiempo.

Confiesa, sin embargo, que en realidad es muy frecuente que en una misma persona colindan el bibliófilo y el bibliómano.

—En verdad, uno de los orgullos vanos que tenemos todos los bibliófilos, pero en grado muy variado, es poder decir: "Lo tengo, y es el único ejemplar que se conserva".

Y Alaimiro de Avila cuenta con materiales exclusivos. En buen estado conserva dos hojas de un manual de lectura chileno de 1815—no se ha descubierto otro—, que pertenecían a don Luis Monti. "Lo compré en un remate o a un librero, no recuerdo bien".

Tampoco ha podido averiguar si otro de los ejemplares raros con que cuenta está entero o no. No hay como compararlo. Es uno de los primeros libros litográficos importantes que se imprimieron en Chile. Tras una serie de visitas de los principales edificios de Santiago y fue editado en 1839, el mismo año que se publicó el Album de tres chilenos de Rugeles, cuyo único ejemplar se guarda en la Colección Edwards, en la Biblioteca Central de la Universidad de Chile.

Entre los libros de tiradas limitadas destacan los del tipógrafo italiano Gianbattista Bodoni.

—Tengo un bonito lote, entre 15 a 20 ediciones de este artista. Bodoni es quien lleva al máximo el arte tipográfico de blanco y negro, en combinación y elegancia y sólo hacia tirajes especiales.

El investigador también cuenta con una gran cantidad de grabados populares chilenos. Es un estudio de ellos como de la estampa clásica japonesa, lo que muchas veces le ha significado aparecer en algunas publicaciones como experto en arte.

Durante todas las tardes sigue en la compañía de los libros, pero entonces como director de la biblioteca. Todas las mañanas, en cambio, las dedica a la investigación.

—Bueno, es la labor normal de un historiador. Tiene que terminar cada trabajo, preparar los originales y publicar sus libros.

Y, al parecer, como siempre hay un libro que falta por leer, también queda bastante por hacer.

Coleccionista de "Rarezas" que aumentan el saber [artículo] Maite Armendáriz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Armendáriz, Maité

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Coleccionista de "Rarezas" que aumentan el saber [artículo] Maite Armendáriz. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile